

un sueño!... ¡Mauricio, querido Mauricio, no debemos vernos más!

El médico, que entró en aquel instante, me impidió responder: acercóse al lecho, y tomó la enflaquecida mano de la enferma, á la que examinó con cuidadosa atención. Volvióse después hácia la criada, y exclamó con acento severo:

—¿A quién ha visto hoy la enferma? ¿Quién ha hablado con ella?

—Solo este caballero, respondió aquella con acento medroso.

—¡Pronto! ¡Una taza de tisana muy cargada de azahar! Está empezando un ataque horrible al corazón.

En efecto, Amelia tenía los ojos cerrados, los labios descoloridos, y su palidez era mucho más intensa que algunos momentos antes; por encima de las ropas del lecho se veía la horrible palpitation de su corazón, que se agitaba como una fiera enjaulada; el médico la levantó la cabeza con su brazo, rechazándome con una mirada imperiosa, cuando vió que yo quería hacerlo.

Cuando hubo bebido la tisana, el médico dejó otra vez sobre las almohadas aquella peregrina y doliente cabeza, y se volvió á mí diciéndome con tono severo:

—Sígame Vd., caballero.

Yo le obedecí: una vez en la salita que an-

tecedía al gabinete de Amelia, me llevó hácia el balcón y me dijo:

—Voy á expresar á Vd. en dos palabras el estado de esa pobre jóven. Una gran pena ha desarrollado en ella una enfermedad del corazón, cuyo gérmen estaba oculto, pero existía desde su nacimiento: de hoy en adelante, cualquiera emoción fuerte la hará adelantar rápidamente hácia el sepulcro, porque esas dolencias no tienen cura. Si Vd. se interesa por ella, evítele, pues, esas emociones, que la pueden matar en pocos días.

El hombre de la ciencia, dichas estas palabras, me volvió la espalda.

Yo quedé yerto, mudo é inmóvil; después, abrumado con la inmensidad de mi dolor, y sin atreverme á entrar de nuevo en la alcoba de Amelia, salí de la habitación y me lancé como un loco á la calle.

XII.

Ya no volví á verla ni aquel día ni en otros muchos: iba, sí, á la puerta de su habitación á informarme del estado de su salud: la buena mujer que la servía me instaba á que entrase, pero yo no me atrevía, y me contentaba con que me dijese:

—Va estando un poco mejor.

—¿Viene alguno á verla? le pregunté un día; ¿tiene visitas?

—Ninguna, señor, me respondió: ya sabe usted lo retirada que vivia la pobre señorita, siempre entregada á su trabajo: solo una amiga suya viene á visitarla alguna vez; una señora casada, que es jóven y bonita.

—¿Cómo se llama?

—La señorita la llama Carolina.

Recordé el encuentro de Amelia con una persona de este nombre, el primer día que yo la seguí en la calle, y cómo habia procurado herirla con una acusacion lanzada á su vida anterior y á su carácter.

—Es la única amiga que tiene la pobre señorita, prosiguió la criada; por lo demás, nadie sube ni baja la escalera.

—¿No viene la señora generala de Romagosa?

—No señor.

—¿Y su hija?

—Tampoco: ¡y buena falta le harian amigas á esta pobre criatura! Los pocos ahorros que habia hecho con su constante trabajo y economía, se han agotado ya, y yo me veo en los mayores apuros!

—Tome Vd., le dije, poniendo en la mano de la criada algunas monedas de plata, y no deje usted que la enferma carezca de nada. Si antes de que se acabe eso no la he dado yo á Vd. más, pídamle sin recelo.

—¡Ah señor! ¡de qué terrible apuro me saca usted! exclamó la buena mujer: ¡ya hace dos dias que no toma medicina! ahora mismo voy á buscarla.

Dos dias despues, y al llegar yo á la puerta de la habitacion de Amelia, me dijo la criada llena de alegría:

—La señorita está mejor, y ha preguntado dos veces por Vd.

—Dígale Vd. si quiere verme, exclamé sin poderme contener, y á pesar de mis propósitos.

Un instante despues vino á decirme la criada que Amelia me estaba esperando.

La hallé sentada sobre su lecho y envuelta en una bata blanca: la diáfana palidez de su rostro igualaba al nítido matiz de la muselina; sus cabellos rubios, ya alisados y recogidos con aquel primor y gracia que emanaba de su divino sér, estaban partidos en dos largas trenzas; la belleza habia desaparecido de su rostro con la extrema demacracion que la habia traído la enfermedad; pero la gracia extrema de toda su persona, el encanto indecible de sus facciones, residian en ella siempre como en su propia morada; sus grandes ojos pensativos se sonrieron al verme, con una dulzura infinita: alargóme su mano y exclamó:

—¡Qué deseos tenia de verte, amigo, hermano mio!

Yo besé aquella mano delicada, y noté con

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

indecible alegría que no estaba ya abrasada por la fiebre.

—Siéntate aquí, me dijo Amelia, aquí á mi lado... y hablemos: ¡tengo gran necesidad de hablar contigo, Mauricio! Cuando se han tocado los umbrales de la muerte, se ansía mucho vivir.

Yo me senté al lado del lecho, mirándola vuelta á la vida con una indecible felicidad.

Ella volvió á tomar mi mano, y me miró tambien con íntima ternura.

—Mauricio, dijo, yo no puedo renunciar á tu afecto, único que poseo en la tierra: la soledad me agobiaba ya, y ahora me mataría... deja que sea pura y que pueda quererte como una hermana, como una amiga íntima, con el corazón todo tuyo, donde puedas descansar de las borrascas de tu vida... ven, como antes, á verme todos los días, y dejemos al mundo, que no comprende nuestro tierno y santo afecto, culparle como quiera... Yo sé que te debo hasta la vida... que sin ti, falta de todo recurso, hubiera muerto... ¡Oh, Mauricio, hermano mío, mi único amigo! ¡déjame que te bendiga y bese tu mano! ¡déjame que te diga que á las puertas de la eternidad, donde he estado, he sentido purificarse, santificarse, por decirlo así, el amor que te profeso... sabré ser tu hermana y nada más... no lo dudes!

—¡Y yo tambien! exclamé: yo sabré encer-

rarme en los límites de un cariño fraternal para que tu vivas feliz y tranquila: ¿qué importa que el mundo nos juzgue, si nuestra conciencia está en calma? ¡Dios no nos abandonará! ¡Dios volverá por nosotros!

Amelia, tranquila ya, pasó conmigo dos horas de dulce conversacion; parecia revivir bajo la influencia de nuevas sensaciones, como las flores se levantan despues de un violento huracan; me preguntó acerca de lo que habia hecho, acerca de mis proyectos para el porvenir; me habló de sus deseos de trabajar y de salir á ver el campo; hicimos juntos mil proyectos para lo venidero; y cuando me despedí de ella, me fuí dichoso, y la dejé llena de dulce, de inefable tranquilidad.

Dos días despues dejó el lecho; yo la ví florecer de nuevo como un joven arbusto; ví el aumento de fuerzas que cada día iba tomando; ví volver el color á sus mejillas y la animacion á sus ojos, y hallaba un placer indecible en redoblar mi trabajo, y aun en agotar todos mis recursos para atender á sus gastos.

Amelia tenia razon; á no ser por mí, hubiera muerto sin remedio, sola y falta de todo apoyo como se hallaba.

Un día fuí á ver á mi tia, que me recibió con una frialdad muy semejante al desden y muy parecida á la indignacion.

—¿Qué tiene Vd. contra mí? le pregunté;

¿por qué Vd., tan bondadosa, Vd., mi segunda madre, se muestra ahora dura y airada?

—Atribúyelo á tu locura, me contestó: has perdido á esa infeliz jóven, y te has perdido á tí mismo.

—¡No lo entiendo, tia mia!

—¿No estás haciendo casi vida comun con Amelia? ¿no has contraído deudas por ella?

—¿La habia de dejar morir?

—Yo hubiera ido en su socorro.

—¡Pero no iba Vd.! exclamé indignado; tal vez esperaba Vd. á que fuera menester pagar su ataud; yo he salvado su vida, y no me arrepiento.

—Siempre hay excelentes razones para justificar las culpas de ese género, contestó friamente la señora de Romagosa; en cuanto á mí, esas razones no me convencen, ni al mundo tampoco; no me pidas cuentas de mi frialdad, pues ya sabes el motivo de ella.

Tuve que abreviar la visita á mi tia; pues aunque hubiera querido permanecer allí, la conversacion se hacia tan lánguida y era tan embarazosa nuestra situacion, que me tuve que levantar para retirarme.

Ya no volví á su casa; ya no volvió ella á llamarme, y poco á poco dejé de ir del mismo modo á todas las casas que antes frecuentaba; dejé de ver á todos mis amigos, y me hallé solo en el mundo con mi amor á Amelia, que era

bastante grande para llenar mi vida entera.

Ella me esperaba con afan, me recibia con alegría, y me veia partir con íntimo dolor; era un alma cándida que no sabia disimular ninguna de sus impresiones, llenas ademas de increíble vehemencia; me amaba con pasion, y yo comprendia que amaba á la vez lo que llamaban mi belleza física, y lo que solo para ella tenia, mi alma: el alma, que el mundo me negaba ya por completo, se habia identificado con la suya, y leia en ella como en un libro abierto en el que no se le ocultaba ninguna página.

¡Qué horas tan dulces y tan terribles á la vez las que pasaba á su lado!

¡Cómo mi corazon latía con ímpetu apasionado, y cómo me esforzaba yo por contenerle y hacerle callar! ¡con loco empeño queria aún persuadirme á mí propio de que solo profesaba á aquél ser encantador un fraternal cariño... mi corazon me desmentia! ¡mi razon adoptaba los sofismas, pero todas las fibras de mi alma cantaban el himno del amor!

Lo mismo pasaba en el alma de Amelia; ella luchaba sin saberlo con un enemigo formidable; temblaba al oír mi voz, y palidecia al verme; su alma, parecida á una llama que no se exhala, la consumia á ella misma: un dia me dijo:

—Separémonos por algun tiempo; sal de Madrid.

—¿Y qué harás tu entretanto? la pregunté

sin rechazar la idea, pues comprendí lo que pasaba en su corazón.

—Pensar en tí y trabajar.

—¿Más para qué separarnos?

—¡Es preciso!

—¡Bien está! me iré pues durante un mes al lado de mis padres; pero si te entristece demasiado la soledad en que forzosamente he de dejarte, si tu salud se quebranta de nuevo, llámame.

—Lo haré así.

—¿Me lo prometes?

—Te lo aseguro.

Aquella noche salí de Madrid, dejando todo el dinero que aún tenía á la criada de Amelia para los gastos de ésta, que, aunque ya empezaba á trabajar, no podía entregarse á una ocupacion constante y asidua.

XIII.

Después de algunos días pasados al lado de mi familia, que me habló con indignacion de mis *vergonzosos amores* en Madrid, vine á caer en una terrible y constante melancolía.

Lejos de Amelia, solo á medias vivía; mi pensamiento no se separaba de ella, y ansiaba volar á su lado.

Escribíale cada día una larga carta; carta que mi padre me veía llevar al correo con un sentimiento á la vez de cólera y tristeza.

Ella me contestaba con la dulzura y gracia que le eran habituales, y con la candidez que hacia que su alma fuese un espejo para mí.

Me decía que ya estaba del todo restablecida; que trabajaba, y que se habia propuesto buscar alguna leccion de música, ya que la poseia á la perfeccion.

Una mañana me llamó mi padre á su cuarto, y me dijo:

—Mañana salgo para París y quiero que me acompañes.

La palabra *París* hizo palpar de alegría mi corazón; tenía veinticinco años.

En el camino, la mitad de mi melancolía se disipó; mi padre me animaba con encantadoras descripciones, pues él habia residido largas temporadas en la capital del vecino Imperio.

Te presentaré, me dijo, á una mujer encantadora, á una condesa de veintidos años, española por la belleza, francesa por la gracia.

—¿Es viuda?

—No, es casada.

—¿Y si me enamoro de ella?

—¡Pluguiese al cielo! exclamó mi padre con ese cinismo del amor extremado y ciego; si te enamoras de ella, á lo ménos lo estarás de una mujer que posee todas las ventajas que han

de hacerte honor: nacimiento, fortuna y belleza; eso me halagaría mucho más que verte prendado de *una nadie*, por la que te estás arruinando.

—¡Padre mio! exclamé: ¡si algo valgo hoy á los ojos de Vd. y á los del mundo, lo debo á esa mujer!

Mi padre me miró frunciendo severamente el entrecejo; yo bajé la vista tímido y confuso; á pesar de la azarosa vida que habia llevado, siempre habia sentido un profundo cariño, mezclado de una grande veneracion, hácia aquel hombre recto, severo, inflexible hasta consigo mismo.

La mujer encantadora á la cual ofrecia presentarme, á la cual queria que tratase con intimidad, de la que deseaba me enamorase, eras tú, Luisa: á tanto llegaba su deseo de que olvidase á la pobre Amelia, que genuina ó inquebrantable austeridad de principios se doblegó por la primera vez, creyendo lícito el medio si alcanzaba el fin apetecido.

Llegados á París, mi padre no perdonó medio de complacerme; un elegante equipo dió, á lo que entonces se llamaba *mi bella figura*, un atractivo que acaso no habia poseido jamás hasta esa época; mi padre contaba con amigos ricos que vivían en el mundo elegante y que tenían hijos de mi edad; el baron de Riosanto nó reparó ni aun en contraer deudas para curar-

me de *mi funesta, de mi vergonzosa pasion*, como él la llamaba.

¿Por qué el mundo se ha de encarnizar así contra todo sentimiento verdadero y profundo? ¿por qué hasta las personas que más verdaderamente se interesan por nosotros, hasta las personas más generosas se conjuran contra una pasion grande? No parece sino que, envidiando la felicidad suprema de amar y de ser correspondido, la sociedad entera se empeña en romper el dulce lazo que une á dos almas.

Amelia era pobre; esto bastaba para que mi padre la profesara una violenta antipatia; era interesante, encantadora; sobraba con esto para que Julia y todas sus amigas la aborreciesen; la amaba yo, y mi tia y todas las mujeres timoratas se lo contaban como una culpa irreparable.

La tolerancia, la constante bondad de mi padre, sufrían una ruda prueba, cada vez que recibia yo carta de Amelia; la sola vista de aquel sobre azulado y fino que encerraba para mí la vida, de aquella letrita fina y delicada que yo besaba con transporte, cubrían las facciones del baron de una palidez biliosa.

Llegó la hora de verte, Luisa; tu radiosa hermosura hizo en mí una impresion grande y desconocida; nunca habia visto criatura más bella: te dignaste fijar en mí una atencion que tantos otros se disputaban.

Detúvose aquí el baron de Riosanto, y miró á la condesa, que se hallaba dominada por una emocion profunda: con las manos cruzadas sobre las rodillas, el pecho agitado y la mirada perdida en el vacío, Luisa parecia mirar en la region de los recuerdos toda su vida pasada.

—Yo te amé así que te conocí, Mauricio, dijo tras algunos instantes de silencio: casada por razones de interés y de familia, habia sentido por mi esposo nada más que un afecto frio; pero, al verte, mi corazon se despertó; y sacudiendo la niebla que le envolvia, se lanzó hácia el tuyo, que halló abierto solo por muy poco tiempo.

Empero, prosiguió la condesa, dejemos para mañana el final de tu historia: yo me siento muy conmovida; se trata de mí, y he de recobrar fuerzas para oírte explicar el cruel desengaño que yo adiviné y que ha sido la mayor pena de toda mi vida.

La condesa y Riosanto dejaron el peristilo y entraron en el salon.

Poco despues una sombra blanca y esbelta salió de entre el gran grupo de rosales, y se deslizó furtivamente hácia las habitaciones interiores de la quinta.

La jóven llegó á su cuarto, y se dejó caer en una silla con las mejillas pálidas y los labios descoloridos: alguna idea triste ó sombría la dominaba, porque su entrecejo estaba cortado

por un profundo pliegue: á oscuras, pues solo estaba iluminado el aposento con un rayo de luna que aparecia entonces, Carlota permanecia entregada á una meditacion profunda; mas no pudiendo contener su alma los tumultuosos pensamientos que la agitaban, exclamó sin escuchar ella misma lo que decia:

—¡Dios mio! ¿será posible que yo ame á ese hombre? ¿será posible que su narracion, que la historia de ese puro, casto y triste amor que ha llenado su vida, haya despertado en mí sentimientos nuevos y desconocidos hasta hoy de mi ignorancia? ¡Sí!... yo, al oírle hablar de esa pobre jóven, de esa Amelia; al oírle explicar lo que por ella sentia, me avergonzaba de mi sed de oro, de mi afan de dinero; sentia nacer en el desierto de mi alma las puras flores del sentimiento, y conocia cuán fácil me seria amar al que hacia el relato, y cuán dulce y bella seria á su lado la vida. ¡Dios mio! ¿por qué he puesto ese empeño en quererme casar con el general? ¡Oh! ¡desgraciada, desgraciada de mí!

La aurora halló á Carlota sumergida en sus reflexiones; en toda la noche se movió de la silla que ocupaba, y su pensamiento cruzó las áridas soledades del dolor, sin hallar en ellas ni una flor que recrease su vista.

Cuando el primer rayo de la luz penetró en aquel lindo cuartito, tan blanco y tan virginal, y fué á reflejarse en las cortinas de muselina

del lecho, Carlota se levantó, y acercándose al espejo alisó las hermosas trenzas de sus cabellos castaños; quitóse en seguida el traje que llevaba; se puso otro; y ya, ataviada, como si acabase de despertar de una noche tranquila y feliz, se arrodilló á los piés de su lecho ante una imágen de la Virgen que, bajo la advocacion de la Purísima Concepcion, presidia aquel casto y gracioso aposento.

Cuando ya conoció que la condesa podia estar levantada, salió de su cuarto y se encaminó á la habitacion de aquella.

Carlota conoció bien pronto que Luisa habia pasado una noche terrible; el insomnio deja huellas visibles, y que no se parecen á ninguna otra señal; los ojos abatidos de la condesa, la palidez que cubria sus mejillas y el aire de sufrimiento que se advertia en toda su persona, compadecieron á la jóven, que, á pesar de la escasa ternura de su corazon, amaba sinceramente á su bienhechora.

Por otra parte, aquel corazon parecia haberse fundido bajo el calor de sentimientos que la niña ignorante habia desconocido hasta entonces: sobre la frente casta de Carlota parecia brillar un aureola luminosa; ya no pensaba solamente; sentia: nada sabia del amor hasta que habia escuchado como testigo invisible la lastimera historia de Amelia; pero despues que la hubo escuchado; despues de oír evocar, á la

poderosa y á la vez grata voz de aquel hombre superior que se llamaba el baron de Riosanto, todas las memorias, dulces y tristes á la par, de un amor verdadero y correspondido, Carlota se avergonzó de sí misma: detestó aquel matrimonio de conveniencia que antes habia deseado, y sintió que su alma se elevaba á otras regiones más puras con un impetu irresistible.

¡Amar y ser amada! estas palabras resonaron en su oído y en su corazon como una melodía celestial.

Aquel amor, que, segun habia visto, era la muerte para la desdichada cuya historia habia escuchado, era mil veces preferible para Carlota á una larga vida tranquila y rica, pero monótona, al lado del general.

Por una rápida intuicion habia comprendido que le estimaba, pero que jamás podia amarle.

Con la frente iluminada por el entusiasmo de un sentimiento grande y noble, fué pues como entró la jóven en el cuarto de la condesa.

—Buenos dias, hija mia, la dijo ésta tomándola la mano y atrayéndola hácia sí con aquel cariño completamente maternal que siempre la habia profesado.

—Buenos dias, madrina mia, respondió cariñosamente la jóven abrazando á la condesa: he venido tan temprano, acaso á molestar á Vd., porque tengo que decirle una cosa importante.

—¿Importante? ¡ah, ya entiendo! ¿alguna cosa relativa á tu boda ó á tu casa nueva? ¿no es verdad, señora generala?

—Relativo á mi boda es, en efecto, lo que tengo que anunciar á Vd., dijo Carlota algo confusa.

—Habla pues.

—¡Madrina mia... perdon! lo he pensado bien, y ya no me quiero casar.

La condesa miró estupefacta á su protegida.

—¡Que ya no quieres casarte! repitió.

—Sí, señora; lo he pensado bien, y veo que es una infamia el casarse sin amor, y solo por el interés.

—Niña, dijo la condesa; eso mismo te lo he advertido yo algunas veces, y no has hecho caso alguno de mis advertencias; hoy, ya no es tiempo de retroceder; no se puede jugar con una persona tan respetable como el general, ni puedes ya hacer otra cosa que casarte.

—¡Imposible, madrina! dijo Carlota: no puedo casarme con ese anciano, al que estimo, al que respeto, pero al que no amo: ¡ah, señora! ¡ah, madre mia! permítame Vd. que le dé este dulce nombre en la ocasion más solemne de mi vida; ¡si Vd. supiera qué mudanza ha tenido lugar en mi alma! hoy... ¡hoy soy otra que ayer!

Y Carlota, con un movimiento lleno á la vez de gracia y de ingenuidad, se arrodilló á

los piés de la condesa y ocultó en su falda su frente cubierta de un vivo encarnado.

—¡Habla! dijo Luisa con ménos serenidad, pues no podia resistir á las muestras de cariño de aquella niña, que era su única afeccion en la tierra: habla, Carlota: ¿qué te sucede? ¿qué ha pasado en tu corazon? dímelo con toda confianza: ¿no estás segura de mi tierno afecto hácia tí?

—Sí; bienhechora mia, repuso la niña, y por tanto, voy á decir á Vd. toda la verdad.

—Ya te escucho, y espero que hablarás sin rodeos.

—Madrina mia, dijo Carlota; la primera vez que ví al baron de Riosanto sentí dentro de mí alguna cosa que nunca habia sentido, y que era á la vez terror y admiracion...

La condesa se estremeció violentamente.

—Yo no sé, prosiguió Carlota, qué clase de curiosidad me llevaba hácia él... pero es lo positivo que yo tenía una ánsia insaciable de verle, y de oírle sobre todo... Me hallaba sentada y bordando en la ventana del salon cuando Vd. se fué con él al peristilo; y oí no sé qué palabras de *narracion*... y bien, madrina; yo fui muy imprudente, y le suplico me perdone... me oculté allí... entre el grupo de rosales, y oí cuanto refirió á Vd...

—Hasta ahora, dijo la condesa, que habia conseguido dominar su emocion, solo veo una falta, una grave imprudencia: prosigue.

—Nunca, señora, había yo oído hablar de amor, prosiguió Carlota: cuando llegué á la edad de la razon, mi pobre mamá vivía sola y mi padre había pasado á mejor vida: nunca había oído hablar de pasión, de sentimiento, y todo esto dormía en el fondo de mi alma: al oír la narración del baron, alguna cosa nueva y fuerte se levantó con ímpetu para mí desconocido hasta entonces: mi corazón se agitó con violencia, y me pareció que sentía dentro de mí un himno que nunca había oído: ayer volví á ocultarme, y volví á escuchar... ¡perdon, señora, perdon! pero cuando el baron dejó de hablar, mi corazón latía con entusiasmo, y me decidí á no casarme con el general... ¡oh, madrina! ¡yo admiro á esa Amelia que tan grande y puro amor supo inspirar al baron! ¡y aunque á ella ese mismo amor la haya costado la vida, prefiero su suerte á la existencia pálida y fría que yo me resignaba á arrastrar!

La condesa permaneció silenciosa durante algunos instantes; parecía como que una pena profunda la afligia: por sus facciones, tan bellas, tan dulces, tan expresivas, pasaban mil encontradas emociones, como en un día de primavera pasan las nubes por delante del sol: levantando al fin los ojos al cielo, y tomando la mano de la jóven, exclamó con vehemencia:

—¿Qué sabes tú lo que deseas, imprudente niña? ¿no has soñado tú en un afecto dulce y

tranquilo, sino en una pasión ardorosa y fuerte!... ¡ah, tú no sabes lo que esto es, y cómo devora y mata la vida un sentimiento exclusivo! ¡caso es mejor morir sin haber conocido ninguna de esas devoradoras y mortales emociones! ¡caso te sería mejor dormir envuelta en tu blanco sudario el sueño eterno, antes de probar por cada hora de dicha muchos días de tormentos!

Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de la condesa, y su rostro retrató un dolor tan vivo y tan punzante, que Carlota la miró con un asombro doloroso.

—¡Dios mio! exclamó, recordando una parte de la narración de Riosanto: ¡caso, señora, he renovado algun dolor mal apagado en el corazón de Vd.! Yo le suplico, ahora más que antes, que me perdone.

—Ven, repuso Luisa, levantando á la jóven que aún de rodillas delante de ella, conservaba su dulce y amorosa actitud; ven, hija mia; siéntate aquí, á mi lado, y oye también una triste confidencia que tengo que hacerte.

Carlota ocupó dócilmente un asiento al lado de la condesa: ésta enjugó las lágrimas que aún bañaban sus ojos, y tomando la blanca y linda mano de la jóven entre las suyas torneadas y pequeñas, empezó así: